

POR EL AUTOR DE *Solo en Berlin*

EL GRAN SUEÑO DE UN HOMBRE, LAS MUJERES  
DE SU VIDA Y EL PRECIO DEL DINERO

# El hombre que quería llegar lejos



Hans  
Fallada



MAEVA

Hans Fallada

*El  
hombre que quería  
llegar lejos*

*Traducción:*

ROSA PILAR BLANCO



MAEVA

*En este libro todo es ficción; se trata de una novela, es decir, de una obra producto de la fantasía.*

*El autor quiere señalarlo en esta nota preliminar, como en algunas de sus obras anteriores. Esta constatación no solo se refiere a los personajes y acontecimientos, sino también y muy especialmente a la creación y desarrollo de la empresa berlinesa de transportes descritos en esta novela.*

*El autor ha evitado deliberadamente averiguar cualquier detalle sobre la historia de una empresa real de esta índole; quería dejarse llevar por la imaginación sin cortapisas, y así lo ha hecho.*

*A pesar de todo, el autor confía en haber plasmado una imagen fiel de la época posterior a 1910 en Berlín.*

*H. F.*

LIBRO PRIMERO

El joven

PRELUDIO

LA CIUDAD PEQUEÑA

## Capítulo 1

### EL POLVO AL POLVO

—¡La ceniza a la ceniza! ¡La tierra a la tierra! ¡El polvo al polvo! —exclamó el pastor, y tras cada invocación de la caducidad humana arrojaba tierra a la tumba con una pala pequeña. Los terrones helados retumbaban con insoportable dureza en la madera del ataúd.

El joven situado detrás del clérigo se estremecía de espanto y de frío. Se dijo que el pastor habría podido enterrar a su padre con más sosiego. Pero cuando él mismo echó tierra sobre su padre muerto, le pareció que resonaba con más fuerza aún. Se le escapó un sollozo. Pero no quería llorar, y menos allí, delante de todos los asistentes al sepelio; deseaba demostrar fortaleza. Dirigió una mirada casi suplicante a la lápida de sienita rojiza que se alzaba vertical a la cabecera de la tumba. «Klara Siebrecht, nacida el 16 de octubre de 1867, fallecida el 21 de julio de 1893», se leía en ella. Esa piedra no podía ayudarlo. Las letras doradas se habían ennegrecido con el paso del tiempo, la fecha del fallecimiento de su madre era también la de su nacimiento; él nunca la había conocido. Y ahora pronto figurarían en esa lápida el nombre de su padre y la fecha de su muerte: 11 de noviembre de 1909.

¡La ceniza a la ceniza! ¡La tierra a la tierra! ¡El polvo al polvo!, pensó. Ahora me he quedado completamente solo en el mundo, se dijo, y se le escapó otro sollozo.

—Dame la pala, Karl —susurró Ernst Studier, su tío, arrebatándosela de las manos.

Karl Siebrecht retrocedió, confundido, junto al pastor Wedekind. Este le estrechó la mano con fuerza, mirándolo serio a los ojos.

—Una grave pérdida para ti, Karl —dijo—. Las cosas no te resultarán fáciles. Pero aprieta los dientes y no olvides que en el cielo Dios no abandona a ningún huérfano.

En ese momento se acercaron todos en fila, le estrecharon la mano y le dijeron unas palabras, casi siempre exhortándole a mostrarse fuerte; todos, desde el amarillento tío Studier hasta el gordo

hotelero Fritz Adam. Pero ninguno le dijo una sola palabra cariñosa sobre su padre, que siempre había sido amable y altruista con ellos, demasiado amable y altruista, pensó irritado el joven de dieciséis años. Sin embargo, yo no pienso ser tan bondadoso como papá, se dijo. ¡Yo seré fuerte y duro en la vida!

Su corazón volvió a ablandarse enseguida cuando, tras los hombres, se presentó junto a la tumba una única mujer: la vieja Minna, con su rostro hierático, que había servido con su madre y lo había criado, que año tras año había cuidado del hijo a medida que crecía. Un sentimiento de ternura lo hizo temblar, al verla tan tiesa y sin llorar junto a la tumba. Pobre vieja Minna, pensó. ¿Qué será de ti ahora? Ella tomó su mano.

—Date prisa en volver a casa, Karl —le susurró—. Estás ya completamente amoratado. ¡Enseguida te prepararé algo caliente!

Se marcharon todos. Karl divisó el bonete del clérigo cerca de la puerta del cementerio, seguido a corta distancia por el séquito de los asistentes al sepelio. Todos tenían prisa por guarecerse del gélido viento de noviembre.

—¡Vamos, Karl, acaba de una vez! —lo apremió su tío Ernst Studier—. A tu padre ya no le sirve de nada que nos quedemos aquí plantados, helándonos.

—¡Tienes razón, Ernst! —reconoció el hotelero Adam, poniéndose en marcha al otro lado de Karl Siebrecht—. Procuremos entrar en calor lo antes posible.

Pero el chico no prestaba atención a las insensibles palabras de ambos. Creía haber visto deslizarse con rapidez algo por detrás de una lápida, en dirección a la tumba de su padre. Ciertamente, era Erika, su vecina, la hija de catorce años del pastor Wedekind. ¡Había acudido a escondidas al cementerio, y eso que a esa hora de la tarde habría debido estar en clase de labores! La bondadosa y pequeña Erika estaba arrojando flores a la tumba.

—¿Qué te pasa, Karl? —exclamó el tío sujetando al joven, que había dado un traspié—. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

—Anda, mira eso —dijo el hotelero entrecerrando los ojos de satisfacción—. ¿No es esa Erika, la de los Wedekind? ¡Habría que decírselo al pastor! ¡Desde luego, si ha venido aquí no ha sido por tu padre, Karl!

—No me parece nada bien por tu parte, Karl —el tío Ernst Studier condujo al chico casi con violencia hasta atravesar la puerta del cementerio—. El día del entierro de tu padre deberías tener otras

cosas en la cabeza. Además, solo tienes dieciséis años y ella apenas habrá cumplido los catorce...

—¡Qué cosas se os ocurren! —exclamó el chico, furioso—. ¡Nosotros no somos como vosotros pensáis!

—Pues nuestras ideas son acertadas, por desgracia —respondió con severidad su tío—. Y además, la hija de un pastor está muy por encima de ti —declaró—. Alégrate si alguien te acepta como aprendiz.

—Desde luego —asintió Adam—. A tus dieciséis años eres ya demasiado mayor para ser aprendiz, y para estudiar no hay dinero.

Karl Siebrecht, sin embargo, no prestaba ya atención a su cháchara, solo se alegraba de que hubieran dejado de hablar de Erika Wedekind. Contempló disgustado las sobrias fachadas de ladrillo de la pequeña ciudad de la Marca de Brandeburgo, los míseros escaparates de los pequeños tenderos, entre los que se contaba su tío Ernst Studier. Karl había estado tres veces en Berlín con su padre, un par de días en cada ocasión, pero la capital lo había fascinado. Su padre no habría necesitado decirle:

—No hagas como yo, Karl, no te establezcas en ese lugar. Allí todo es pequeño y limitado. Aquí hay espacio, aquí puedes moverte.

¡Oh, por supuesto que quería moverse, esos no podrían retenerlo!

Ante el hotel Hohenzollern aguardaba un tropel de gente del funeral.

—¡Esto es lo que yo pensaba! —exclamó Fritz Adam—. Vamos, entrad todos, mi parienta ya habrá calentado el agua para el grog. Nos sentará bien. Tú también puedes venir, Karl. Hoy, sin que sirva de precedente, podrás beber un vaso.

—No, gracias —respondió—. Prefiero irme a casa.

—Como quieras —contestó el hotelero un tanto ofendido—. Seguro que en los años venideros no te ofrecerán mucho grog.

Y el tío Studier:

—A las cinco iremos a tu casa a discutir tu futuro. Dile a Minna que nos prepare un buen café.

Karl Siebrecht aguardó detrás de la siguiente esquina a que todos desapareciesen en el interior del hotel de Adam. Después regresó trotando al cementerio. Pero por más que buscó, lo encontró vacío y silencioso. De modo que su pequeña amiga ya se había ido. Se dirigió despacio hacia la tumba. La halló tal como la habían dejado; los sepultureros aún no habían hecho acto de



presencia. Miró hacia abajo, al ataúd. Sobre la tierra que habían arrojado se veían tres flores que ella había traído, tres ásteres blancos. Con una mezcla de aprensión y deseo, se arrodilló junto a la tumba de su padre, inclinándose mucho en la fosa, y recogió una flor del ataúd.

## Capítulo 2

### EL FUTURO EN LA COCINA

En la salita hablaban cada vez más alto; por lo visto, no se ponían de acuerdo sobre su futuro. El chico escudriñó por la ventana de la cocina; aquella noche de noviembre silbaba el viento. A su espalda, la vieja Minna trajinaba con las cazuelas en el fogón. En ese momento bajó la mecha de la lámpara de petróleo, de forma que la cocina quedó casi sumida en la penumbra.

—Pronto será hora de cenar. ¿Quieres que te prepare unos emparedados? —preguntó.

—No soy capaz de comer..., al menos hasta que se haya decidido mi futuro.

—No creo que haya mucho que decidir. Tendrás que entrar como dependiente en la tienda de tu tío Ernst.

—¡Jamás, Minna! ¡Eso jamás! ¿De veras has pensado que me refugiaría en el tío Ernst para vender jabón verde en su tenducho? ¡Jamás, jamás, jamás!

—¿Qué harás entonces, Karl? Ya sabes que no hay un céntimo. Cuando se haya vendido todo, acaso alcance apenas para pagar las deudas. ¿Qué harás entonces?

—Me marchó, Minna. No me delates, me voy a Berlín.

—Ellos nunca lo permitirán.

—Me iré sin preguntarles.

—Pero ¿qué vas a hacer en Berlín? No has estudiado nada, solo has ido a la escuela, y no estás acostumbrado al trabajo físico.

—Soy fuerte, más fuerte que todos, Minna. ¡Quiero salir de esta estrechez! Aquí odio cada piedra, cada casa, cada cara... ¡Salvo tu vieja cara bondadosa, Minna! Quiero alejarme de todo esto. ¡Destrozó a papá, y no quiero que me suceda lo mismo!

—Karl, tú no sabes lo dura que es una vida en la que uno depende por completo de sí mismo.

Karl exclamó con voz rotunda:

—¡Claro que será duro, Minna! No aspiro a llevar una vida fácil. ¡Quiero llegar lejos, siento que tengo fuerzas para ello!

La vieja criada prosiguió, impertérrita:

—Y luego está la vida en la gran ciudad. Tú, que no eres capaz de permanecer quieto, que pasas fuera cada hora libre, pretendes encerrarte en esos altos edificios de piedra, sin luz, sin sol... Te sentirás muy desgraciado, Karl.

—Aunque lo sea, Minna, sé que habrá merecido la pena. Aquí también sería desgraciado todos los días, ¿y para qué, Minna, para qué? ¿A qué puedo aspirar aquí?

—En todas partes puede uno convertirse en un hombre de provecho, Karl.

—Ese es uno de los dichos del pastor Wedekind. A mí no me sirven de nada. Lo siento aquí, dentro del pecho, Minna; tengo que marcharme de este lugar donde cada rostro, cada árbol me recuerdan a mi padre, donde todos susurran a mi espalda: «Ese es el hijo del maestro albañil Siebrecht, el que quebró».

Ella, colocándole las manos sobre los hombros, replicó:

—¡Entonces márchate, hijo, márchate! Te aseguro que no te retendré si te sientes obligado a hacerlo.

—Sí, me siento obligado a hacerlo, Minna, para llegar a algo, para ser un hombre hecho y derecho. Estos de aquí, el tío Studier, mi tutor, y el gordo Fritz Adam, el amigo de papá, cederán. ¡Yo nunca los molestaré, jamás les pediré nada! Y no regresaré hasta ser alguien, un hombre como es debido. Entonces iré a visitarte, Minna, y te llevaré conmigo a Berlín, quizá en un automóvil...

Minna contempló sus ojos brillantes. De pronto, sin saber cómo, lo rodeó con sus brazos y lo estrechó contra su pecho, apretándolo con fuerza contra su cuerpo.

—¡Ay, niño, niño! —susurraba, alegrándose de que él no pudiera ver unas lágrimas desacostumbradas en sus ojos—. ¡Ay, pequeño niño grande! ¿Ahora quieres escapar volando del nido? ¡Pues ten cuidado, que hay muchos pájaros grandes y malos, y tormentas para las que serán muy débiles tus alas! Pero tienes razón, vuela lejos: es preferible volar que arrastrarse.

### Capítulo 3

#### DESPEDIDA DE LA JUVENTUD

El día era gris, no terminaba de aclarar. Desde la ventana de su dormitorio, Karl Siebrecht contemplaba el pequeño jardín cuyos árboles desnudos temblaban ante las ráfagas siempre nuevas del viento de noviembre; miraba más allá del jardín, a la pared trasera de la casa de los Wedekind. A su espalda, Minna empaquetaba en una cesta de viaje trajes y ropa interior. Sosteniendo en alto un pantalón de pana amarillento, dijo:

—Y aquí tenemos el pantalón de pana de tu padre, es muy aprovechable. Cuando crezcas un poco, te sentará bien.

—No metas demasiadas cosas, Minna —exclamó el chico impaciente, sin volverse—. ¿Qué voy a hacer con todo eso?

—No hay tantas cosas, Karl —contestó ella con un deje de tristeza, depositando el pantalón en la cesta. Luego tomó un montón de ropa.

El chico ocultaba en la palma de la mano un pequeño espejo redondo de bolsillo. Alzó la vista, impaciente, desde el muro trasero desnudo y vacío de la casa del pastor hacia el cielo preinvernal en el que se perseguían esponjosas nubes grises. Imploró un minuto, medio, de luz solar.

El pastor Wedekind, de pie junto a su atril, se dedicaba a redactar el sermón dominical cuando el rayo de sol atrapado por el espejo lo acertó fulgurante en el ojo.

—¡Ya está otra vez ese muchacho infame con su espejito! —exclamó, iracundo—. ¡Y esto el mismo día en que hemos dado tierra a su padre!

La mancha de sol, que recorría bailoteando el techo de la habitación, se deslizó, seguida por la mirada reprobadora del religioso, por la estufa cerámica y se detuvo un momento a descansar en la frente de la esposa del pastor. Esta soltó un manotazo, como si se le hubiera posado una mosca molesta.

—¡Erika! —gritó el clérigo, enfurecido—. Ve ahora mismo a...

El religioso, que se había situado entre la ventana y la mesa, recibió por segunda vez la luz de ese día de noviembre, esta vez en la mejilla carnosa. Echó la cabeza hacia atrás y la mancha dorada se posó sobre el tablero de la mesa, justo delante de las manos de

Erika, que hacía ganchillo. Tembló un poco de un lado a otro, se acercó mucho a las manos, rozó, doró, revoloteó alrededor de sus dedos...

—Ve ahora mismo a casa de los Siebrecht y dile a ese infame granuja que le prohíbo estas payasadas ¡terminantemente! Que estoy enfadado porque hoy, en un día semejante... es decir, tras un día semejante...

—Sí, papá —respondió Erika, liberando con leve pesar sus manos del saludo de luz y encaminándose hacia la puerta.

—¡Pero vuelve dentro de dos minutos! —le ordenó su madre, menos incauta.

—Sí, mamá.

—No, déjalo, será mejor que vaya yo misma.

Pero Erika ya había abandonado la habitación. Silenciosa y veloz, corrió escaleras abajo, salió al jardín azotado por el viento, se alzó por encima del murete que separaba ambos jardines y cruzó corriendo el de los Siebrecht en dirección al cobertizo, que albergaba las escasas herramientas de jardinería y el corral de las gallinas dotado de barras y ponederos.

No solo para las gallinas. Porque cuando ella preguntó dirigiéndose a la penumbra, el aludido respondió en el acto:

—¿Karl?

—¡Ria! —Su amigo la condujo de la mano hasta una carretilla—. Siéntate, Ria. He rogado directamente a Dios que hubiera un instante de sol. No es que yo crea en él, pero esta vez...

—Esta vez has enfurecido de veras a papá. Me manda decirte que...

—¡Olvídalo! ¡Ha sido la última vez, Ria! —dijo el chico, y lo repitió con cierta solemnidad—: Ha sido la última vez. Me marchó, Ria. Me voy de aquí.

—¿Tú, Karl? ¿Por qué? ¿Quién me hará entonces los deberes? ¡Seguro que me suspenderán en Pascua! ¡Quédate, Karl, por favor!

—Tengo que irme, Ria. Me voy a Berlín.

—Pero ¿por qué? Si aquí también se está muy bien... a veces.

—Quiero llegar a algo, Ria.

—¿Y si yo te lo pido? ¡Quédate, Karl! ¡Te lo ruego!

—No es posible, Ria; tiene que ser así.

Ella calló unos instantes, sentada en la carretilla. Él, de pie e inclinado hacia ella, escudriñaba con suma atención su rostro sombreado pero luminoso. Después ella dio una patada en el suelo.

—¡Pues entonces, vete, vete a tu maldito Berlín! —exclamó, furiosa—. ¿Por qué no te marchas de una vez? Me alegraré cuando te vayas. ¡Eres un chico tan asqueroso como todos los demás!

—Pero, Ria... —repuso, consternado—. No seas así. Comprende que tengo que marcharme. Aquí nunca llegaré a nada.

—No tengo nada que comprender. Solo quieres marcharte porque estás harto de todos nosotros, de mí también. Y yo que pensaba que me querías un poco...

Al pronunciar las últimas palabras casi se le quiebra la voz. Se levantó de un salto de la carretilla y retrocedió, adentrándose en la oscuridad del cobertizo para que él no viese sus lágrimas. Con su movimiento espantó a una gallina, que huyó de su ponedero por la puerta con un ruidoso cacareo de protesta.

Karl había tomado su mano y la acariciaba con torpeza.

—¡Ay, Ria, Ria, no te lo tomes así! —le rogó—. Tengo que marcharme, de verdad. Aquí estoy destinado a convertirme en criado del hotel Hohenzollern.

—Tú no harás eso, Karl, bajo ninguna circunstancia.

—Y además quiero llegar lejos, pero después volveré.

—¿Tardarás en regresar?

—Me llevará tiempo, Ria, mucho tiempo.

—¿Y después, Karl?

—Después tal vez te pregunte algo, Ria...

Hubo una pausa. A continuación, la joven dijo en voz baja:

—¿Qué será lo que me preguntes entonces, Karl?

Él no se atrevió a decirlo.

—¡Todavía queda mucho tiempo, Ria! Primero tengo que llegar a ser alguien.

—Pregúntamelo ahora, Karl, por favor —susurró ella en voz muy baja.

El joven vaciló. Después, con cuidado, sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Sabes lo que es esto?

—¿Qué es?

—Una de las flores que arrojaste a la tumba de mi padre —contestó con tono solemne—. Me la llevo a Berlín, y siempre estará conmigo.

Una ráfaga de viento arrastró hacia la abertura de la puerta una mezcla de lluvia y nieve. Ella, estrechándose más contra él, susurró atemorizada:

—¡Es una flor de muerto, Karl!

—Pero es tuya, Ria; seguro que me trae suerte. Y aquí tengo un pequeño anillo que perteneció a mi madre... ¿No quieres ponértelo, Ria, para que pienses siempre en mí?

—No puedo llevar un anillo tuyo. Mi padre jamás lo permitiría.

—Puedes llevarlo donde no lo vea tu padre. Yo también llevaré tu flor junto a mi corazón.

Callaron unos instantes.

—Gracias por el anillo, Karl. Lo tendré siempre conmigo —musitó la joven.

Otro silencio. Sus caras pálidas se miraban desde muy cerca, mientras sus corazones latían con fuerza. Al cabo de un rato, Siebrecht susurró:

—¿Me das un beso de despedida, Ria?

Ella lo miró. Después levantó despacio sus brazos y los colocó con suavidad alrededor de su cuello.

—Sí... —susurró.

El viento cerró con estrépito la puerta del cobertizo, justo delante del pastor Wedekind, que en medio de la tormenta, la lluvia y la nieve se había acercado para buscar a su hija. El pastor sacudió la puerta, la abrió con esfuerzo luchando con la presión del viento y gritó en dirección al oscuro cobertizo:

—¿Estás ahí, Erika?

El chico, en la oscuridad, con la muchacha entre sus brazos, lanzó una patada hacia los ponederos. Una gallina se alzó aleteando y cacareando enfurecida y se dirigió zigzagueando hacia el clérigo. Fue la única respuesta.

PRIMERA PARTE

RIEKE BUSCH

## Capítulo 4

### VIAJE EN EL FERROCARRIL DE VÍA ESTRECHA

El último saludo de Minna se había desvanecido; Karl Siebrecht se sentó en un rincón del espacioso vagón y se enjugó las lágrimas. Sí, había acabado llorando, igual que la vieja Minna, en la despedida. La separación de la pequeña ciudad no le había resultado tan fácil como se había figurado.

Se levantó y atisbó por la ventanilla, pero el bosque ocultaba ya la vista de la pequeña ciudad con su puntiagudo campanario rojo. Ahora salía de verdad al mundo; había dejado atrás todo lo que había constituido su existencia hasta entonces. Tuvo que volver a buscar su pañuelo, pero tardó en encontrarlo, pues antes dio con un paquetito que Minna le había entregado en el tren en el último momento. Tras desatar la cinta de tela roja que lo rodeaba halló, en una cajita, el grueso reloj de plata de su padre y, debajo, cubiertas por una capa de algodón, diez grandes monedas de oro.

¡Doscientos marcos! Los miró con incredulidad, pero allí estaban, en el fondo de la caja; un gesto muy propio de Minna haberle entregado sus ahorros de manera que no pudiera negarse a aceptarlos ni darle las gracias. ¡Cuánto tiempo tenía que haber ahorrado la anciana criada para reunir esos doscientos marcos! Porque ganaba poco, y en los últimos años su padre ni siquiera había podido pagarle su pequeño salario. En cuanto esté en Berlín le devolveré el dinero, pensó el chico. Pero con eso solo la ofendería, se le ocurrió al momento. Le enviaré esa suma tan pronto como tenga trabajo fijo y haya ahorrado un poco; eso la alegrará más. Depositó el dinero de nuevo en la cajita con sumo cuidado. ¡En total poseía ahora doscientos sesenta marcos, llegaba a Berlín convertido en un hombre rico! Se guardó con cuidado en el bolsillo del chaleco el reloj de su padre, lo pondría en hora cuando llegase a la próxima estación. ¡Por primera vez en su vida poseía un reloj!

La campanilla comenzó a sonar con fuerza y Karl volvió a sacar apresuradamente el reloj del bolsillo. Estaban atravesando el cruce que había antes de entrar en el pueblo de Priestitz, donde se



detendrían y él podría poner su reloj en hora. Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que una voz aguda le regañó, recordándole que tenía otras obligaciones.

—¡Eh, tú, larguirucho! —resonó la voz que surgía de debajo de un sombrero con forma de capucha—. ¿No ties ojos en la cara o qué? ¿No ves que me voy a herniar con esta cesta? ¡Deja de mirar y echa una mano!

Karl agarró rápidamente la pesada cesta de viaje para meterla en el vagón.

—Discúlpeme —contestó deprisa—. Creía que...

—¡No ties que creer más que en Dios y en los santos mandamientos! ¡Déjate de rollos y agarra esto, arriba! ¿Lo ves? Ya está to. Ahora solo falta que subas a Tilda —dijo, y dirigiéndose a la niña que sollozaba, añadió—: ¡No llores, Tilda, que este hombre no v'acertena! Aparte de que no es un hombre, sino un atontao, y está atontao porque nunca ha salido de su pueblucho de mala muerte. Y ahora vuelve a darme la mano, mozalbete. ¡Arriba! ¡Malditas ropas!

Cuando Karl Siebrecht subió al vagón a la enérgica dama —ella se había remangado las faldas sin ceremonia, sujetándolas entre las rodillas—, vio por primera vez su rostro. Por la voz suponía que debía de tratarse de una mujer joven, acaso muy joven. Pero en ese momento comprobó asombrado que era una cría, una niña de trece o catorce años, conjeturó, vestida con las ropas demasiado grandes de una mujer mayor pero con el rostro un tanto descarado y alegre de una musaraña. Muy rubia, con una nariz larga y delgada, ojos claros y despiertos, y boca de labios muy finos y vivaces.

—¿Y tú qué miras? —preguntó la niña—. Ah, ya, te creías que era tu abuela. Pues t'as colao. Apuesto a que no adivinas mi edá. A ver, ¿cuántos años tengo? —Y deprisa, sin aguardar respuesta, añadió—: ¿Por qué seguiremos paraos aún en este poblacho? ¡Ojalá nos vayamos pronto! Si no había sío por mí y por Tilda, no había tenío ni que parar. Más vale que se dé prisa o llegaremos tarde al transbordo en Prenzlau.

—Primero tienen que cargar las cántaras de leche —explicó Karl—. Esas también van a Berlín.

—¡Acabáramos! Conoces este pueblo. ¿Eres de aquí? Pues no t'e visto nunca. Ya llevo tres días aquí, conozco a to Cristo de est'aldea.

—No, yo vengo de una estación más lejana. Pero conozco esto, mi padre construyó esta estación. ¿A quién ha visitado... has visitado aquí?

—¿Estación? ¿Llamáis estación a esto? Pues yo lo llamo blusa de verano, aireá p'alante y p'atrás. ¡Menuda filfa hizo tu padre!

Karl Siebrecht repuso sin darse cuenta:

—Mi padre falleció el lunes.

—¡Vaya por Dios, lo siento de veras! Por eso vas tan de negro, yo pensé que estabas d'aprendiz con algún pastor. En fin, tos tenemos que diñarla algún día, no hay na qu'acer. A nosotros se nos murió la madre. Desde entonces yo hago de ama de cría de esta mocosa. ¡Como vuelvas a tirar el chupete, te sacudo, Tilda! ¿T'as fijao cómo obedece? El respeto es obligao, esta me obedece como si yo fuera su madre en lugar de su hermana. ¿Vive tu madre?

—No, murió hace mucho tiempo.

—¿Así que eres huérano del to? Pues eso pue estar muy bien, ¿me entiendes? Nosotras aún tenemos padre, pero a veces pienso que nos iría mejor sin él. Es albañil, pero casi nunca da un palo al agua. Y eso que es buen paleta; en fin, pa ser justa, es de buena pasta, solo que el hombre no quie ver el agua ni en pintura... En fin, tos tenemos nuestros defectos...

El tren, campanilleando con fuerza, corría de nuevo por los campos. La enérgica jovencita se había sentado encima de su cesta, y, tras sacar una manzana del bolsillo de sus enaguas, la mordisqueaba con ahínco. Pero no se olvidaba de su hermana, que también podía morder mientras los ojos vivaces de la mayor tan pronto se dirigían hacia el exterior por la ventana como al muchacho. Ahora volvía a escudriñar su equipaje. Karl tenía la impresión de que no perdía detalle: él nunca había visto a una chica tan espabilada y vivaracha. ¡Ni tan parlanchina!

—Las manzanas son buenas —dijo ella—. ¿Quies una? ¡Tengo media cesta llena! ¿No? Vale, no insisto, el que tie hambre no s'ace de rogar. Te preguntarás qué es lo que he hecho en tu pueblucho... T'abrás dao cuenta de que no soy de pueblo. Pues no, a mí me bautizaron con agua del Spree, bueno, habrá sío con agua del Panke, porque más bien vengo de Wedding, de Pankstrasse. ¿Sabes onde está eso?

—Claro, ya me había dado cuenta de que eres de Berlín —Karl rio satisfecho.

No sabía cómo, pero esa jovencita le hacía olvidar la tristeza y el dolor de la despedida. ¡Qué mezcla tan increíble de niña y adulta! Con experiencia de la vida y, sin embargo, ¡infantil!

Ella también rio.

—Ah, ya, lo dices por mi acento. Tos no podemos hablar igual, sería demasiao aburrío. Por cierto, me llamo Friederike Busch.

—Karl Siebrecht —se presentó el chico.